

## LA REPUBLICA ARABE UNIDA Y SU POLITICA EXTERIOR

En el panorama—bastante confuso—de la actual política internacional, que en líneas generales divide al mundo en dos campos opuestos y hostiles, existe el vasto espacio de los países que no tienen especial interés en alistarse en ninguno de estos dos bloques opuestos y por esta razón intentan trazarse una línea de conducta propia, que estiman adecuada a sus propias condiciones y necesidades de vida: la línea del neutralismo en todas sus formas. Algunos de estos países opinan que el estricto neutralismo radica en una actitud pasiva que deja a los dos bloques opuestos el campo libre en las grandes zonas de nuestro mundo, lo que da lugar al aumento de la tensión internacional. Otros opinan que hay que adoptar una actitud positiva frente a cualquier intento, por parte de uno u otro bloque, de incluir a algunas de las naciones que han conseguido recientemente su independencia en la zona de su influencia política o económica. Es decir, oponerse al colonialismo y a sus nuevas formas, que se llaman ahora neocolonialismo.

Dentro de ese campo del neutralismo—entre el pasivo y el positivo—existe toda una escala de actitudes y políticas, tan finamente diferenciadas que resulta difícil definir las con la precisión requerida.

Igualmente, en el campo económico social y entre las fronteras de los países evidentemente desarrollados y los que lo están casi, existe una escala de condiciones sociales tan difuminada que resulta difícil decidir cuáles son los países más desarrollados y cuáles no lo son. La distinción en este campo resulta más difícil aún que en los otros campos, como es usual en los juicios sobre problemas sociales.

### PROBLEMAS PROPIOS Y OTROS COMUNES.

Estas líneas resultan indispensables antes de emprender el examen de las condiciones actuales en Egipto, que son las que deciden su política interior y exterior. Indispensables para evitar la confusión que se deriva de la gene-

ral tendencia de juzgar a los demás según conceptos o modelos fijos que cada uno se ha trazado en su mente. Es cierto que resulta casi imposible liberarse por completo de estos prejuicios personales y de las normas usuales en el propio país, pero tales aclaraciones son algo así como una advertencia contra el exceso de la obediencia al factor personal y nacional en lo que se refiere a lo humano y a lo universal.

Desde un principio, Egipto ofrece un aspecto lleno de contradicciones: es un país llano, pero sus desiertos de arena y roca forman amplias zonas de superficies, más asperas para atravesar que otras zonas montañosas del mundo. Es un país donde en una parte hay jardines que impresionan por su frondosidad y en otros hay lugares que sorprenden por su aridez y desolación. Entre ambos extremos no se encuentra una graduación natural que vaya de la fertilidad a la aridez. En Egipto no hay más que regiones de gran productividad o regiones de triste desolación, o sea, zonas donde viven 150 habitantes por kilómetro cuadrado y otras casi deshabitadas. Lo que resulta difícil de imaginar es que las zonas cultivables no pasan del tres por ciento de la superficie total: cuarenta y cinco mil kilómetros cuadrados de tierra productiva es todo lo que posee Egipto de un total de novecientos mil kilómetros cuadrados.

Este es el origen del problema primordial que tiene planteado Egipto hoy día y que debe solucionar: el problema demográfico. Su población crece al ritmo casi de medio millón anual. El crecimiento de la superficie de cultivo es muy lento, a pesar de los agotadores esfuerzos de los últimos diez años, que han dado 6.230 kilómetros (en el año 1947 la población era de 18.964 millones y la superficie de cultivo de 38.730 kms.).

Para plantear este problema en sus justas proporciones daremos un ejemplo concreto: el medio millón de niños de ambos sexos nacidos en 1955 son ahora muchachos en edad escolar y necesitan para llegar a ser buenos ciudadanos: 1.000 escuelas de primera enseñanza; 500 camas en los hospitales; 5.000 profesores; 50 médicos; 500.000 kilos diarios de alimentos, un millón aproximadamente de tejidos anuales; 50 campos de deportes y recreo; un dos por ciento más de viviendas; mayor número de medios de transporte, etc.

Pensemos un poco en la carga que todo esto supone para el presupuesto del Estado y en el tiempo que se necesitaría para su preparación. Y estas cifras se doblarán el próximo año y se triplicarán dentro de dos. Se trata nada más que de subvenir a las necesidades del crecimiento, sin hablar de los veintidós millones que existen ya desde 1955.

Además, Egipto se enfrenta con otro problema igualmente difícil, el de la

reconstrucción y renovación del país. Tiene que hacer en algunos años lo que otros han realizado en un siglo: tiene que industrializar y reorganizar la sociedad, la renovación de todos los servicios públicos, etc. Y debe de hacer todo esto al mismo tiempo, pues no es lógico ocuparse de la enseñanza y dejar a un lado la higiene, ni el ocuparse del ejército y descuidar los transportes. Todo es necesario, todo es urgente y todo requiere enormes gastos y tiempo.

#### PROBLEMAS IDÉNTICOS, ACTITUDES DIFERENTES.

Frente a tales problemas, íntimamente vinculados con el «ser o no ser» de Egipto y de todos los países afroasiáticos, cada uno de ellos ha escogido el camino y la política que sus respectivos dirigentes juzgan más adecuados a sus intereses nacionales o—más frecuentemente—personales.

Primero tenemos la actitud de los cómodos: los que ignoran por completo la existencia del problema y, por consecuencia, la necesidad de todo intento de reforma. En algunos casos encontramos que esta actitud se basa fundamentalmente en una verdadera ignorancia de las realidades y necesidades de nuestro tiempo. La postura que adoptan frente al progreso y sus manifestaciones es la del miedo y la sospecha: miedo de perder el poder y sospecha de cualquier intento de infiltración modernista realizada por indígenas o extranjeros. Esto les lleva hasta el límite exagerado de dejar sin explotar las riquezas nacionales, en las que el rey o el jefe del Estado deben ser los primeros interesados. En el Yemen, por ejemplo, se deniega todo permiso para buscar petróleo, se rechaza todo proyecto de levantar diques, abrir canales y ni siquiera se piensa en la construcción de puertos y aeropuertos. Incluso se niega el permiso de regresar al país a cualquier joven venení que haya estudiado ingeniería o cualquier otra carrera sobre conocimientos modernos.

En segundo lugar, está la actitud de los «indiferentes», los que no se toman el trabajo de estudiar los problemas, de buscar las medidas, de solucionar las crisis, de hacer planes, etc. Creen que puesto que existen ya otros países más adelantados, más conscientes y más interesados por el porvenir se les debe dejar que se encarguen de todo: de la defensa del territorio nacional, del remedio de los males de la nación e incluso de la planificación del porvenir. De la abundante ayuda extranjera se apropia una gran parte y viven en lujosos chalets de países más civilizados.

En tercer lugar están los «astutos», los que siguen una tortuosa línea de conducta a base de un disimulado cálculo: engañan a los demás y muy fre-

cuentemente a sí mismos. Si nuestro tiempo exige el progreso y la reforma, toman una apariencia progresista y reformista, se forma un Gabinete o Parlamento, se prepara un presupuesto, se publica un plan quinquenal de desarrollo económico, se funda—de vez en cuando—una escuela, un hospital o un aeropuerto, se instalan sobre algunos edificios letreros que digan: Ministerio de Educación, Ministerio de Higiene Pública, e, incluso, Ministerio de Reforma Social y Trabajo, se adoptan «slogans» modernos, se toma parte en las reuniones internacionales y se pronuncian discursos cantando la libertad, el progreso y el anticolonialismo, y aquí termina todo.

El poder se basa en una amalgama complicada de Fuerzas Armadas, de clases fuertes y privilegiadas y, sobre todo, en el apoyo declarado o clandestino de un país fuerte e interesado. La gama de estos sistemas de astucia oscila entre los verdaderos ingenuos, que se pasan el tiempo en descubrir y aplastar complotos, perfeccionando unos sistemas de propaganda en el interior y el exterior, y los astutos cien por cien, que se apoyan en la pura violencia. Las noticias que todo el mundo lee sobre estos países, se pueden encerrar en estos dos únicos titulares: «Fulano ha pronunciado un violento discurso contra el comunismo o el colonialismo» y «Se aplasta un complot contra Fulano».

Y, por último, existen los «afiliados», los que reconocen los problemas pero optan por la solución más cómoda de unirse a las ruedas y engranajes de otro país líder en el mundo de hoy. Allí se realizan verdaderos planes de adelanto: escuelas, hospitales, carreteras, puertos, reformas sociales, etc. Pero todo ello planeado y prefabricado en París, Londres o Washington. Estos son los países que sorprenden, al llegar a ellos, por la magnificencia de su aeropuerto, el lujo de sus hoteles, la belleza de sus carreteras, la perfección de sus hospitales y escuelas. Pero sólo una semana es suficiente para descubrir la amarga realidad: el país protector tiene determinados intereses; y el progreso y la reforma se realizan en su justa medida y para servir a sus fines nada más: aeropuerto para las líneas aéreas del país protector o país madre, como suelen llamarle; hoteles para los técnicos, delegados, visitantes y turistas enamorados de lo exótico; carreteras para los coches de la colonia extranjera; camiones para transportar las riquezas del país monopolizado por las Compañías que radican lejos; reformas sociales para los obreros de estas compañías. Detrás de este engañoso telón todo continúa igual que en los tiempos de antaño. De la edad del Atomo caemos, repentinamente, en la edad de la Piedra.

En todos estos países, los verdaderos problemas de la nación quedan sin

resolver. Los indígenas continúan viviendo como en la edad media o peor: abandonados a la merced de los explotadores o a las fuerzas de la naturaleza. Los dirigentes están igual de atrasados que sus súbditos o se han ultramodernizado hasta el punto de cultivar la más exquisita poesía en lengua francesa o inglesa; no se dan cuenta del engaño en que hacen vivir a los demás o a sí mismos. Según su criterio «todo va bien, como en el mejor de los países». Para algunos de ellos no hay problemas; para otros, no existen más problemas que los que reconoce el país protector y, por lo tanto, hay que solucionarlos según lo que proponen los técnicos y especialistas de tal o cual país.

#### EL CASO DE EGIPTO: SUS ANTECEDENTES.

En este panorama, trágico o apasionante, según el cristal con que se mire, entre esta multitud de pueblos, se encontraba Egipto antes de la Revolución del 23 de julio de 1952. Este país, que ha llenado tantos volúmenes de la historia universal, se vió destinado durante la quinta década del siglo actual a llevar una existencia de desolación y engaño. Ha sido el primer país afroasiático que despertó del letargo de la Edad Media. Durante los primeros años del siglo pasado logró sacudirse el peso de la dominación turca, que se inició en el año 1517. Se reorganizó el Estado según el modelo entonces en boga; se formó un gobierno responsable; se llevó a cabo el primer censo catastral fuera de Europa y América; se elaboró un presupuesto; se creó un ejército nacional y se abrieron las puertas a miles de europeos para que se instalasen en el país y contribuyeran a la difícil tarea de su modernización.

El siglo XIX fué el siglo de oro de la dominación universal de Europa. Armada de ciencia y de cañones se lanzó a completar y perfeccionar la dominación del mundo. Frente a los batallones bien equipados y respaldados de baterías de potentes cañones, todos o casi todos los países de Africa y Asia acabaron siendo fácil botín para los conquistadores. La campaña de Egipto tocó a su fin el 20 de septiembre de 1882 y la bandera de la «Unión Jack» ondeó en la torre más alta de la Ciudadela de Saladino, que domina El Cairo.

El descenso de esta bandera fué lento y penoso. Hasta 1919 no había, entre los políticos europeos, quien pensase que un solo país africano merecía la independencia. El grupo de líderes egipcios que fueron a París para hablar de la suerte de su país fué tratado como si fuesen méndigos por los dueños de la Conferencia de Versalles. Todo lo que resultó, después de largos sacrificios y trágicos levantamientos, fué una declaración unilateral hecha por Inglaterra el 28 de febrero de 1922, que resultó una pálida semblanza

de independencia: el país se transformó en una monarquía constitucional, con un Parlamento. Aparecieron los partidos políticos y emprendieron su carrera, casi rutinaria, hacia el poder. La lucha interior acaparó todas las energías y esfuerzos del país. Inglaterra no cejó en su empeño de cambiar la declaración unilateral en un Tratado bilateral para legalizar su posición en el país. Contaba siempre con la ayuda del monarca, que le debía el trono. El rey se transformó en el hombre más rico del país, junto con sus familiares, que poseían una décima parte de la tierra cultivable. A su alrededor se formó una clase de nuevos ricos y de aristócratas de reciente cuño que manejaban entre ellos el poder, directa o indirectamente. Con su ayuda conquistó Inglaterra lo que ansiaba: el Tratado de 1936, que garantizaba todos sus intereses.

Mientras tanto, no se podía dedicar mucha atención a los problemas vitales del país. En 1922, Egipto contaba solamente con cuatro escuelas secundarias y ninguna escuela femenina. En 1936, las escuelas secundarias ascendían a diez y nueve. La Universidad de El Cairo apareció, como fundación libre, en 1925. En 1928 se transformó en Universidad del Estado. En 1932, los licenciados en la Facultad de Letras fueron diez y nueve, de los cuales sólo ocho encontraron trabajo como profesores en escuelas, el resto quedó sin trabajo. Tan poca necesidad sentían los dueños del país por la enseñanza pública en un país donde de cada cien, noventa habitantes eran analfabetos.

De la industria no había ni que hablar. El dueño inglés imponía un impuesto del 8 por 100 sobre las importaciones y exportaciones, para hacer así imposible la aparición de cualquier industria nacional. El 75 por 100 de la superficie cultivable estaba reservada al algodón. La cosecha se enviaba automáticamente a Inglaterra. Lo que los industriales ingleses pagaban por una tonelada de algodón lo recuperaban con creces vendiendo a Egipto cien metros de tejido de lo más vulgar. El *fellah*—campesino egipcio—cultivaba su tierra con el mismo esmero y trabajo agotador de hace miles de años y no ganaba más de medio chelín diario. Vendía su algodón, antes de la cosecha, a las agencias bancarias para conseguir un poco de dinero con el que comprar semillas de trigo o de maíz, que debía cultivar para su mantenimiento y el de los suyos.

Los bancos, los exportadores e importadores, los hombres de negocios, así como los representantes de todas las industrias europeas, eran extranjeros. Formaban una especie de monopolio que se empeñaba en expulsar a cualquier indígena que tuviese la suficiente audacia para intervenir en aquel terreno prohibido. Conseguían fantásticas riquezas. El «Agricultural Bank», creado

en 1923, pagaba a sus accionistas nueve veces el capital antes de 1937. El «Banque Hypotécaire» pagaba seis libras de interés por cada acción cuyo precio nominal fuese de cuatro libras, sin hablar de las acciones de la Compañía del Canal de Suez: la famosa compra de 176.602 acciones, que costó a Disraeli cuatro millones de libras esterlinas en 1875, proporcionaba al Gobierno británico hasta 1929 la increíble ganancia de 38.600.000 libras esterlinas. La Compañía era, desde el punto de vista jurídico, una Compañía anónima egipcia, sujeta a la jurisdicción del país, pero hacía caso omiso del país y de su legislación. Todas las compañías y entidades comerciales extranjeras hacían lo mismo y conseguían iguales ganancias. Un *barman* italiano que trabajó en el Shephard Hotel, de El Cairo, entre 1929 y 1933, regresó a Italia con 15.000 libras esterlinas de «ahorros» y decía: «Comprábamos el *whisky* de Escocia directamente, pagábamos dos libras esterlinas por barril y vendíamos cada dos centímetros a 2,50 chelines.»

No es de extrañar, pues, que el egipcio mirase con odio al extranjero que le explotaba y le impedía participar en el comercio de su propio país. Como ocurre siempre, las pocas personas decentes y honradas pagaban por los rapaces y el espíritu nacionalista crecía con la idea de que todos los extranjeros eran explotadores sin piedad. Se declaró una fobia general que parece injusta a primera vista, pero no debemos olvidar que las fobias no nacen de meros caprichos, sino que tienen sus antecedentes y causas.

Al mismo tiempo, los políticos se identificaban poco a poco con el grupo explotador. La mayoría de los diputados eran miembros de los Consejos de Administración de las compañías y sociedades comerciales o industriales. La ley exigía que los ministros no pudiesen ser elegidos miembros de Consejos de entidades comerciales. Sin embargo, al hacerse cargo de la cartera ministerial seguían cobrando lo mismo, aunque dejaban de asistir a los consejos administrativos. Un ministro llegó a reunir 44 nombramientos como miembro del Consejo de Administración en varias compañías. Los conservó todos cuando el rey le nombró jefe del Gabinete Real.

Desde 1936 sentían los egipcios que sus caudillos nacionalistas les habían abandonado. Como en ningún otro tiempo del pasado necesitaba la nación egipcia de un caudillaje sincero y razonable. Era un tiempo de graves crisis internacionales y de grandes problemas nacionales. En 1932 fué anulada la ley del 8 por 100 del impuesto sobre importaciones y explotaciones. La industria nacional empezó a brotar. Entre 1932 y 1940 aumentó la clase obrera y empezó a organizarse en sindicatos que reunían, sobre 1940, al medio millón de afiliados. Durante la segunda guerra mundial, las dificult-

tades de importar productos fabricados en el extranjero ayudó mucho a la industria nacional para realizar un rápido progreso. La población obrera llegó al millón. Los precios de los productos de la tierra subieron vertiginosamente, la tonelada de algodón, que se pagaba en 1938 a 21 dólares, se pagaba a 95 en 1944.

De tan enorme subida el *fellah* no consiguió más que una quinta parte. El arriendo por la tierra de cultivo se elevó. Para poder arrendar un *jeddán* de tierra (4.400 metros cuadrados) el campesino debía de pagar 50 libras egipcias por adelantado. Como casi nunca las tenía, se las hacía prestar, por costumbre, de un usurero, que le hacía firmar un recibo de 75 libras por cada 50. De la superficie arrendada no podía cultivar más que la mitad de algodón, ya que el resto lo tenía que reservar para granos y pastos del ganado. Suponiendo que esta superficie fuera de un *jeddán*, su mitad de algodón producía entre 2 y 2,5 de toneladas de algodón. El medio *jeddán* de algodón supone gastos por valor de 20 libras anuales, entre semillas, abonos, riego, guardias, lucha contra las plagas, etc. Cuando obtenía una cosecha de 2,50 toneladas de algodón no podía venderlo al precio del mercado mundial, ya que no disponía ni de medios ni de conocimientos para ello. Vendía la tonelada a un promedio de 15 libras. Todo lo que cobraba no pasaba de 340 libras. De ellas, tenía que pagar las 75 de la deuda, los impuestos del Gobierno, las semillas para la próxima cosecha y cubrir sus necesidades familiares. Vendía el trigo y se debía contentar con el maíz. Tenía, casi siempre, que vender su vaca o búfalo y dejar de ser un campesino cultivador para convertirse en asalariado en la finca de algún rico terrateniente.

Entonces sólo le quedaba el recurso de abandonar su aldea para buscar trabajo donde lo hubiese y regresar, después de tres meses de ausencia, con tres o cuatro libras para subvenir a las necesidades de una familia de seis a diez personas. Las leyes estaban siempre al servicio de los ricos y poderosos. Mientras que los demás lograban ganancias increíbles, el campesino egipcio perdía casi todo: tierra, derechos e incluso la esperanza de mejorar.

Los políticos pensaban en él solamente en tiempos de las elecciones para comprar su voto. De servicios públicos no había ni que hablar: ningún pueblo tenía escuela primaria, ni luz eléctrica, ni agua potable. De los 6.000 pueblos con que cuenta Egipto no había diez que contasen con un médico. En los hospitales de las ciudades había una cama para cada cien mil habitantes. Por cada cama ocupada diez enfermos esperando, sin hablar del servicio interno del hospital, que dejaba mucho que desear. Para plantear el

problema de los campesinos en su justa proporción, recordaremos que éstos constituyen el 90 por 100 del total de la población y que el 3 por 100 de los habitantes poseían el 97 por 100 de la superficie de cultivo.

\* \* \*

Al mismo tiempo, el coste de la vida se elevó, entre 1939 y 1946, en un 200 por 100, y la población aumentó, de 16 millones que tenía en 1936, a los 18.964.000 en 1947. En 1952 esta cifra llegó a ser de 20.852.000 (9 millones en 1897), sin que la riqueza nacional creciera entre 1930 y 1952 más que en un 7 por 100. Los servicios públicos estaban atrasados. El Cairo, que tenía un millón de habitantes en 1935, pasaba de los dos millones en 1945. Las fuerzas de orden público en la capital no aumentaron más que un 20 por 100.

#### HACIA UN CAMBIO RADICAL.

Pero desde 1936 la enseñanza pública realizó grandes progresos. Se fundaron centenares de escuelas. En 1951 la población escolar primaria llegó a ser de un millón quinientos mil alumnos y de enseñanza media había casi medio millón. Las dos Universidades de El Cairo y Alejandría reunían alrededor de 60.000 alumnos. El analfabetismo descendió hasta el 50 por 100.

Un potente movimiento cultural se inició en El Cairo, que volvió a ocupar su antigua posición de primer centro cultural de todo el mundo árabe. Los periódicos y revistas de Egipto se leían en todas las ciudades islámicas. Grandes escritores proporcionaban al lector árabe una copiosa producción literaria y científica. Un respetable número de profesores, abogados, médicos, ingenieros, músicos, periodistas, técnicos y artistas, representaban a la opinión pública y, aunque tarde, los políticos se dieron cuenta de lo peligrosa que resultaba la situación.

En 1951, el partido de la mayoría (*al-Wafd*: la delegación) se proponía volver a ocupar su antigua posición como líder del movimiento nacional. Después de tantos años de colaboración con los ingleses, de acuerdo con el Tratado de 1936, cambió de rumbo de repente y anunció la abrogación de este Tratado para empezar la lucha de nuevo. No era ni sincero ni capaz de llevar a cabo este importante propósito. Los intereses de sus miembros con los ocupantes y con el palacio eran tan complicados que cualquier muestra de debilidad por parte de cualquiera de estos aliados precipitaría necesariamente la caída de todos.

Desde principios de 1951, grupos de comandos iniciaron una serie de guerrillas contra la base inglesa de la zona del Canal. Las noticias de sus hazañas inflamaban el espíritu nacional. El partido de *al-Wafd*, entonces en el poder, no pudo hacer nada después de la abrogación del Tratado de 1936. La nación estaba completamente sin guía. Una pandilla de charlatanes ambiciosos se propuso tomar el poder, presentándose como defensores de la fe. Se llamaban «La Hermandad Musulmana». Empezaron realizando actos de sabotaje y terrorismo. Todo el país estaba en disturbios y el rey Faruk, en su ansia por el trono, cambiaba de Gabinete. Todo indicaba que el país se precipitaba hacia un desastre.

Este no se hizo esperar. La tensión entre los egipcios y los ingleses aumentaba de día en día. En la segunda mitad de enero de 1952, los ingleses decidieron ocupar toda la zona del Canal. Al intentar tomar Ismailía por asalto, destruyeron a cañonazos la casa del gobierno, matando a más de cien policías. La catástrofe desencadenó la ira de toda la nación. Los disturbios aumentaron y el gobierno perdió el control. Esta trágica situación llegó a su punto culminante el 26 de enero de 1952. Empezó el día con manifestaciones tumultuosas y luego, como si un elemento misterioso y criminal se hubiese filtrado entre la muchedumbre, empezaron los fuegos en algunos locales. A partir del medio día ardieron muchos locales: grandes almacenes, bancos, tiendas e inmuebles. La policía fué arrollada y no pudo hacer nada. A la luz terrible de los incendios y bajo la ley marcial, durmió El Cairo esta noche infernal. Este fué el trágico final de una época de caos y de juegos políticos bajo la égida del ocupante.

Pero antes de volver la página añadiremos algunas líneas sobre la situación en la zona del mundo árabe.

\* \* \*

Nada perjudicó tanto a los árabes como aquella unión infeliz con los turcos. Estos, que entraron en la escena de la historia universal sin otros credenciales que la espada, no supieron aprovechar las vastas perspectivas que les ofrecía el contacto con los árabes o cualquier otra nación de tradición cultural. Dominaron una buena parte de Europa oriental y todo el mundo árabe hasta las fronteras de Marruecos. Sobre todos estos países dominados por ellos cayó un grueso telón que los aisló por completo del resto del mundo. Egipto, por ejemplo, que en 1517, antes de la ocupación turca, mantenía bastantes relaciones con España, con las repúblicas italianas, con la Santa Sede, la India

y demás países, se vió aislado por completo y obligado a vegetar durante tres siglos.

La emancipación del turco fué una larga y triste historia. Egipto lo consiguió por sus propias fuerzas durante la primera mitad del siglo XIX. Empezó en seguida una gran labor de modernización y renacimiento nacional y cultural que hizo del país, desde mediados del siglo pasado, el corazón intelectual y cultural del mundo árabe. Sin embargo, el XIX era un siglo difícil para los pueblos afroasiáticos: uno tras otro fueron cayendo bajo el dominio de los distintos imperios coloniales. La campaña para Egipto acabó el 20 de septiembre de 1880. Cayó bajo el dominio de Inglaterra. Después de la primera guerra mundial y de la distribución de la herencia turca, Inglaterra se quedó también con el Irak y Palestina. Francia se apropió de Siria, a la que dividió en dos partes: la parte occidental, que fué transformada en una unidad política bajo el nombre del Líbano y el resto, con una pequeña salida al mar Mediterráneo, con el nombre de Siria. Entre Palestina y el Irak formó Inglaterra un principado: Transjordania.

En Arabia, las condiciones cambiaron mucho mientras tanto. Reinaba allí, hasta finales de la primera guerra mundial, una dinastía de Shurafi, es decir, que pretenden ser descendientes del Profeta, encabezada por al-Husain ibn Alí. Había acordado este príncipe con los ingleses el llevar a cabo una revolución contra los turcos durante la guerra, y le prometieron, a cambio, el reconocimiento de un Estado árabe que comprendería toda Siria y Arabia, pero, terminada la guerra, Inglaterra se olvidó de las promesas hechas y se repartió Siria como hemos visto. A consecuencia de esto empezó al-Husain ibn Alí a poner dificultades y para librarse de este aliado poco amable, Inglaterra empujó a otro jeque, llamado Abd al-Aziz ibn Sa'ud, a rebelarse en el este de la Península y le ayudó hasta que conquistó la Mekka y se declaró rey de la Arabia (el 8 de enero de 1926), quedando bajo protectorado británico todas las regiones limítrofes al Golfo Pérsico y el Mar Arabe en el sur. Allí creó Inglaterra una cadena de emiratos que se extienden desde el sur del Irak hasta las fronteras con el Yemen. Este último país era un reino independiente de la Mekka. La dinastía que reina allí—la del imán Yahya—empezó de hecho a ejercer su completa soberanía en 1918, después de la desintegración del Imperio Otomano.

Durante la segunda guerra mundial la idea de la unión árabe cristalizó en El Cairo. Particularmente después de la rivalidad anglo-francesa sobre el destino de Siria y del Líbano, rivalidad que llegó al empleo de la fuerza por parte de Inglaterra. Formar una unión árabe de cualquier forma parecía

inevitable. Los líderes árabes, apoyados por el Gobierno egipcio, se prepararon en los comienzos de 1945 para concretar su proyecto. Pensaron en la creación de una Liga Árabe, algo así como una Nación Unida de los árabes, una organización regional por el estilo de la Organización de los Estados Americanos. Inglaterra, que representaba entonces a la fuerza dominante en la zona, se apresuró a prestar su apoyo a la idea y el 22 de marzo de 1945 se convirtió en realidad, con la constitución de la actual Liga Árabe en El Cairo.

Pensaba Inglaterra que la Liga sería un instrumento dócil en sus manos; los reyes de algunos países miembros pensaban lo mismo, pero el espíritu nacionalista árabe que reinaba en El Cairo y Damasco dió a la Liga otro rumbo, el rumbo de la arabidad que sirve mejor a los intereses de los pueblos. Si algunos de los fundadores pensaban en una Liga de Estados árabes, la presión nacional aspiraba a una liga de las naciones árabes.

En 1948 ocurrió la catástrofe de Palestina. Esta es una larga historia cuyos detalles caen fuera de este estudio. Lo que nos interesa aquí es el punto de vista de los árabes, que se resume en los siguientes puntos:

- 1.—Inglaterra, país mandatario sobre Palestina, desde 1918 hasta 1948, traicionó las obligaciones de un honrado mandatario al permitir al sionismo internacional su ayuda para crear en Palestina un hogar—más precisamente—, un Estado israelí.
- 2.—Los Estados Unidos, Francia e Inglaterra trabajaron juntos para la creación de ese Estado, no por compasión hacia los judíos, sino para establecer una cabeza de puente estratégica en el corazón del mundo árabe.
- 3.—El sionismo internacional no pensaba crear un Estado que pudiese absorber a los judíos dispersos por el mundo, sino que soñaba con establecer un centro financiero que dominaría fácilmente la vida económica en el cercano Oriente.
- 4.—La derrota árabe en 1948 fué debida a la traición de los reyes y jefes árabes de aquel tiempo. Todos eran servidores del colonialismo.
- 5.—La creación de este Estado se hizo a costa del pueblo árabe de Palestina, que fué despojado de su patria por los israelíes.
- 6.—Como resultado de todo ello, los países árabes no reconocen a tal Estado y se consideran responsables de la restitución de los derechos

del pueblo árabe de Palestina. Tienen que trabajar para conseguir este objetivo, sean cual sean los sacrificios exigidos, ya que la existencia de este Estado es un peligro latente para todos ellos y por eso los países árabes tienen que estar siempre unidos y de acuerdo sobre este punto.

\* \* \*

Entre los oficiales egipcios que tomaron parte en el fracasado intento para salvar Palestina, por parte de los árabes, estaba Gamal Abdel Nasser, que contaba entonces treinta años de edad. Durante los meses que pasó en Palestina pudo hacerse idea de lo hondo que había arraigado el mal en su país y en los otros países árabes. A lo largo de profundas meditaciones, analizó el problema como sigue:

- 1.—La derrota militar no podía evitarse porque: primeramente, los países árabes vencidos estaban dominados por las mismas potencias que planeaban la creación del Estado sionista, y segundo, porque su estructura político-social tenía puntos débiles. Es decir, el fracaso no era más que un sistema de hondos males internos. Antes de esperar cualquier victoria hay que poner remedio a tales dolencias crónicas.
- 2.—La vida política de estos países árabes se basa en estos tres pilares: los ingleses, el rey y los políticos. Tres elementos que aparecen como opuestos u hostiles entre ellos, pero que en realidad son cómplices. Su vida depende de la continuación de las condiciones establecidas sin el menor cambio.
- 3.—Mientras que estos elementos siguen dominando, no hay esperanza de obtener la mínima reforma política o social.
- 4.—Bajo estos elementos dominantes viven los pueblos árabes en diferentes grados de miseria. Pero una vez liberados de esta triple dominación, las capacidades de los árabes pueden desarrollarse y emprender el camino adecuado para la realización de sus aspiraciones.
- 5.—Estos pueblos árabes no son, en realidad, más que miembros de una gran familia homogénea unida por los sólidos lazos del origen, de la cultura, lengua y tradición histórica. Debido a la semejanza de las condiciones geográficas y políticas, los males en todos estos países son análogos. Los remedios, por consiguiente, deben ser idénticos. No se puede emprender una reforma en uno cualquiera de ellos sin tener en cuenta a los demás.

- 6.—Debido a la solidaridad de los elementos dominantes y a su tenacidad en defender sus intereses, no se puede iniciar cualquier reforma más que mediante la revolución: una revolución total y continua.
- 7.—Egipto, por su naturaleza, su capacidad y su posición en el mundo árabe, tiene que desempeñar un papel de vanguardia en este largo camino. Tiene que servir de baluarte y arsenal a esta revolución que debe regenerar la vida de los árabes y liberarlos del colonialismo y la explotación extranjeras, así como de la injusticia, el despotismo de las clases privilegiadas y facilitar a los ciudadanos las posibilidades de servir libremente a sí mismos y a la comunidad árabe.

#### LA REVOLUCIÓN DEL 23 DE JULIO DE 1952.

De regreso en Egipto, Gamal Abdel Nasser se puso al trabajo. Con extremo cuidado, precisión, inteligencia y fe, pudo reunir a un grupo de colegas que compartían con él su fe y sus aspiraciones. Alrededor de este núcleo se formó el grupo denominado «Oficiales Libres», que pudo proclamar la Revolución en la mañana del 23 de julio de 1952. Tres días más tarde, el 26 de julio, firmó Faruk su abdicación y se trasladó a Italia para no regresar. Días después, el 8 de septiembre de 1953, se promulgó la «Ley de la Reforma Agraria».

Se promulgaron leyes encaminadas a dar fin de todos los elementos que habían llevado al país al triste estado que acabamos de perfilar. El 10 de enero de 1953 fueron disueltos los partidos políticos. El 18 de junio del mismo año fué derrocada la monarquía y proclamada la República Egipcia. Mientras tanto, continuaban las negociaciones con Inglaterra en torno a la evacuación de sus tropas de la base del Canal de Suez. Al faltarles los elementos que apoyaban su presencia (la monarquía y los políticos profesionales), los ingleses se dieron cuenta de que no podían continuar en el país. Ninguna ocupación extranjera, por fuerte que sea, puede permanecer sin un apoyo interior aunque sea débil. Después de las negociaciones y acontecimientos sangrientos que se iniciaron en julio de 1954, las últimas negociaciones entre Inglaterra y Egipto empezaron en julio de 1954 y el 19 de octubre se firmó el acuerdo de evacuación definitiva que estipulaba que el último soldado británico dejaría Egipto en el plazo de veinte meses.

Así, en el término de 26 meses, consiguió Gamal Abdel Nasser y sus colaboradores realizar un sueño que parecía imposible. El campo quedó libre y

abonado para emprender la tarea más difícil: renovar el país y prepararle para un destino más feliz.

#### ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE.

A cualquier grupo semejante de nacionalistas se le ofrecen soluciones prefabricadas para la solución de todos los problemas. Primero viene el plan ruso con sus teorías sobre la organización del Estado, la economía y la reforma social. Planes precisos y elaborados hasta los más pequeños detalles. Cada plan va precedido por un preámbulo doctrinario, que muestra profusamente la felicidad que lograría la nación que aplique sus teorías. No solamente ofrece la ideología y su consiguiente aplicación, sino también los técnicos que saben llevarla a la práctica y asimismo las armas para defenderla. Luego viene el plan anglosajón con sus teorías sobre el sistema democrático: el sufragio universal, los dos partidos cuidadosamente concebidos: uno gobierna y el otro representa a la oposición. Esta teoría sustenta el deber que tiene el Estado de apoyar al capital y viceversa, la necesidad de la libertad de medios informativos, una libertad que se adapta luego a los intereses del capital. Ofrece, por último, la ayuda militar y económica necesaria para poner el plan en marcha y protegerlo.

Pero, ¿son éstas las dos únicas soluciones para los múltiples problemas de la creación de un Estado y de la organización de una sociedad?, ¿la solución comunista o la anglosajona? ¿No podría cualquier otro grupo humano crear su propia ideología basada en sus circunstancias, sus tradiciones históricas, sus necesidades particulares y sus ideales morales y espirituales? Es evidente que la solución comunista parte de un odio de clases cuidadosamente calculado y planeado por los mensajeros del odio inhumano que son los artifices del marxismo: odio al valor del ser humano, desprecio por los valores espirituales y los principios de la moralidad y un sistema de represión para obligar al hombre a seguir un camino poco adecuado a su naturaleza:

En cuanto a la solución anglosajona, muchos la han seguido y siempre terminaron decepcionados; en vez de dos partidos se forman diez o más. Cada uno tiene sus jefes que anhelan adueñarse del poder. Las elecciones libres calculadas para poner de relieve a los mejores elementos del país, se revelan como un mercado caótico donde se engaña al cándido ciudadano con promesas y palabrerías. Formar un gobierno viene a ser una hábil necesidad de combinaciones, acuerdos clandestinos y maquinaciones. Mientras tanto,

el capital impone su ley y maneja la administración, siempre con la ayuda del extranjero, que no encuentra dificultad en inmiscuirse en los asuntos particulares.

Cualquier país consciente de sus características y de sus verdaderas necesidades, puede sin duda sacar de estas mismas circunstancias su auténtica ideología, que servirá para remediar sus males y preparar su futuro. Este ha sido el lema del grupo revolucionario de Egipto.

Desde un principio, buscar un camino nuevo es mucho más difícil que importar una solución y aplicarla. Buscar, supone estudio, reflexión, examen y, ante todo, experimentación. Se pierde mucho tiempo en ello y se cometen errores, pero el resultado es siempre satisfactorio y más útil y duradero que la cómoda importación.

Sin perder tiempo en referir la historia de los experimentos realizados durante los diez años de la historia de la Revolución del 23 de julio, nos limitaremos a exponer en algunos puntos el estado actual de la acción revolucionaria y del último camino emprendido para acelerar la puesta en práctica de la ideología:

- 1.—En un país donde las fuentes actuales de riqueza son limitadas y donde la población aumenta continuamente, no hay otra solución que la del socialismo, un socialismo propio que arranca de la propia naturaleza del pueblo y sus problemas, basado en la distribución de las posibilidades de trabajo y producción para todos.
- 2.—Como las clases obreras, tanto industriales como campesinas, son las que sufren más, por lo que conocen bien los problemas actuales, hay que darles la oportunidad de representación en todos los consejos nacionales, desde el Consejo del Pueblo hasta el Parlamento: el 50 por 100 de estos consejos deben estar reservados a los campesinos y obreros. Incluso en los consejos de administración de compañías y sociedades industriales, la mitad de los miembros tienen que ser obreros.
- 3.—De las ganancias obtenidas por todas estas compañías, el 15 por 100 se distribuye entre los obreros, según su producción y rendimiento.
- 4.—Para que el pueblo tome parte activa en la formulación de principios y sienta su responsabilidad de su puesta en marcha, el presidente Gamal Abdel Nasser redactó una Carta Nacional, que presentó en la Asamblea de las Fuerzas Populares, que celebra sus sesiones desde el 21 de mayo de 1962. Los miembros, unos 1.500 escogidos entre todas las clases y

categorías, tienen el derecho de cambiar, borrar y añadir a la carta tanto como quieran. Una vez aprobada su última forma, será como un acuerdo nacional que todos los ciudadanos deben observar y cumplir, cada uno en su campo. Servirá también de base a la Constitución.

En esta nueva forma socialista del Estado, el sindicalismo adquiere un sentido completamente nuevo, porque ahora tiene como objetivo defender los derechos de los afiliados contra la agresión de los dueños de las empresas. Pero si el obrero tiene la mitad de los votos en el Consejo de administración, ¿de quién va el sindicato a defender al obrero?

Es verdad que toda esta ideología está en pleno desarrollo y experimentación, pero la base es correcta y sana. En uno de sus últimos discursos, el presidente Gamal Abdel Nasser dijo que el camino de la perfección está lleno de errores. Nada puede ser más elocuente, ya que a través de la experiencia se llega a la meta. Lo importante es que el hombre tenga fe en lo que hace, que sienta que trabaja por su propio interés y que el trabajar con los demás es como trabajar para sí mismo.

#### UNA NUEVA POLÍTICA EXTERIOR.

Habiendo aclarado las líneas fundamentales de la estructura de la nueva sociedad egipcia, podemos echar una ojeada sobre el campo de la política exterior.

Ningún país puede pretender tener una política exterior si su estructura interior es defectuosa o improductiva. La política exterior de un país no es otra cosa que la proyección exterior de su fuerza interna.

a) *En el campo cultural.*—En un solo campo tenía Egipto la suficiente fuerza para proyectarla hacia el exterior: en el terreno cultural. Este país es, desde—por lo menos—el siglo XIV, el centro más importante de la cultura árabe e islámica. La Universidad de al-Azhar era—y sigue siendo—el mayor centro del mundo en cuanto a las ciencias del Islam se refiere. Desde principios del siglo XIX, con la introducción de la imprenta, la importancia cultural de Egipto creció aún más. El 90 por 100 de las ediciones de textos árabes antiguos se editan en El Cairo. Las mejores ediciones y libros llevan la impronta de esta ciudad. Estamos hablando aquí de hechos que nadie puede discutir seriamente. Es verdad que existen otras ciudades en el mundo árabe que se esfuerzan en hacer la competencia, es un impulso laudable que nadie puede rebajar, pero hay una gran diferencia entre el esfuerzo

comercial y el esfuerzo científico. Que una casa editora, en cualquier otro país, tome un diccionario editado en El Cairo hace un siglo y lo reimprima tal y como está sobre papel nuevo, le ponga una cubierta de colores y venda miles de ejemplares, esto no borra todo el trabajo agotador de un sabio egipcio que sirvió a la ciencia sin sacar provecho.

Esta proyección cultural la hizo Egipto, incluso en los peores tiempos del pasado, y ahora, con el renacimiento nacional, con la organización interior y respaldado por cinco universidades y gran número de centros de enseñanza, esta proyección se realiza según un plan elaborado y a costa de grandes sacrificios, ya que Egipto envía actualmente a unos 4.000 profesores de colegios y escuelas al extranjero, y muchos de ellos van a países que no pueden pagarles sueldos. Desde las islas Filipinas hasta Santiago de Chile estos profesores y educadores se encargan de la grata misión de enseñar. No enseñan solamente el árabe, sino todas las ramas de la enseñanza primaria y secundaria. Parece mentira que los que enseñan el inglés en las escuelas de Libia, el Sudán, Siria, Marruecos, Somalia y península de la Arabia, sean egipcios.

b) *Con el mundo árabe.*—Respecto al mundo árabe, la política de El Cairo no ha cambiado de lema desde la Revolución, pero ha realizado muchas experiencias.

Desde un principio Egipto, según el artículo primero de su Constitución provisional, forma parte de la Nación Árabe, es decir, que los egipcios son los árabes de Egipto, los sirios son los árabes de Siria, los libios de Libia, etcétera. El Estado de Egipto es un Estado árabe que entraña la ideología de la unidad de todos los árabes. Por eso se llama la República Árabe Unida. Es verdad que este nombre se forjó a raíz de la unión de Egipto con Siria, pero la intención no fué solamente la de ser un nombre para los dos países árabes unidos, sino un nombre para la República que unió a todos los árabes. Por eso continúa Egipto con el mismo nombre, aunque se haya separado Siria, porque el nombre representa la idea y mientras exista esta idea Egipto la representa y trabaja para conseguirla.

Además, Egipto no ha reconocido la separación de Siria, porque lo que se separó fué sólo un grupo que buscaba ciertas ambiciones políticas y financieras personales. En cuanto al pueblo sirio, continúa siendo fiel al ideal que representa la República Árabe Unida.

Hasta principios de este año (1962) Egipto aceptó la amistad de algunos jefes o reyes de países árabes con la esperanza de que esta amistad sirviese

para convencer a estos jefes y reyes de la necesidad de introducir las reformas sociales adecuadas a un pueblo del siglo XX. Incluso aceptó una especie de unión con el Yemen, creyendo que este gesto abriría al infeliz pueblo yemení nuevos horizontes de vida. A todos estos países se mandaron comisiones de especialistas en todas las ramas: reforma social, enseñanza, higiene, administración, etc. No ha dado resultado, las cesiones fueron completamente des-cuidadas, los informes presentados ni siquiera fueron leídos del todo, en muchas ocasiones sólo causaron estupefacción y no fueron ni discutidos. Se han concluido, en muchos casos, acuerdos culturales, sociales e incluso políticos, pero no se realizó nada.

Por fin se ha llegado a la conclusión de que en la mayoría de los casos no existe la menor intención de establecer una verdadera colaboración por parte de los dirigentes. Lo que sí existe siempre es el deseo de dejar que todo siga como hasta ahora, hablar de amistad como simple fórmula de cortesía tradicional, hablar de reformas y cambios sin llevarlos a la práctica, es decir, utilizar la ideología como instrumento nada más, camuflarse detrás de la pantalla del progreso para seguir haciendo lo que se quiera.

Esta actitud hubiera sido aceptable en el terreno de la diplomacia antigua, donde la meta era la mera apariencia de amistad y elocuencia verbal. Pero ahora se trata de mucho más que esto, se trata de la nación árabe, de regiones de la patria común, se trata de reformas que Egipto considera necesarias igualmente para estos hermanos y para los ciudadanos egipcios. No se puede aplicar aquí la norma corriente de las relaciones entre países ajenos.

Por eso se ha cambiado de procedimiento: hay que luchar para conseguir «la unidad de objetivos en vez de contentarse con la unidad de filas», como ha dicho el presidente Nasser. La real unidad de filas no se consigue más que cuando está basada en la unidad de espíritu y objetivo. Los intereses reales de la nación árabe son mucho más importantes que la felicidad de algunos monarcas y jefes. Si los principios que representa la República Árabe Unida son verdaderamente los de todos los pueblos árabes, estos mismos pueblos trabajarán para conseguirlos, pese a los jefes recalcitrantes y entonces la unidad será una realidad. Por eso no tiene importancia el leer, por ejemplo, que tal rey o presidente se ha enojado con la R. A. U. y la acusa de inmiscuirse en los asuntos interiores de su país, porque al fin y al cabo tales personas hablan sólo en nombre de sus propios intereses.

Parece una paradoja si decimos que precisamente hoy día las relaciones entre la R. A. U. y algunos gobiernos árabes no son demasiado amistosas. En verdad existen los mismos desacuerdos entre estos jefes y el anhelo de estos pueblos, que es el mismo que sustenta la R. A. U.: la reforma, la justicia y el respeto a los derechos humanos son las bases de la unidad árabe concebida por la R. A. U.

Con el mundo árabe no se sigue ahora una política, sino una acción misionera. Con salvar las apariencias diplomáticas es suficiente. ¿No será esto perjudicial para los intereses de Egipto? ¿Para su comercio y para los egipcios que viven en otros países? Sí, pero la finalidad les parece a los dirigentes de la R. A. U. más importante que el cuidado de estos intereses materiales. Lo que interesa es hacer renacer un nuevo mundo árabe, poner a sus componentes en el camino del adelanto para que pudan aprovecharse todos.

Y esto, ¿por qué?

Porque nuestra zona es una de las más peligrosas del mundo. Todos pretenden tener intereses en ella. Nuestro punto de vista—que me permito decir aquí con toda franqueza debida al estudio de los hechos—es que algunos de los reyes y jefes árabes se consideran como los representantes de tales intereses. Piensan que su alianza con las potencias interesadas les ayudan a conservar su poder y sus frutos. Entre los intereses de tales jefes y los de sus protectores se pierden los intereses reales de los pueblos. Así ha sido en el pasado, pero tiene que cambiar en adelante, sean cual sean los sacrificios que la realización de este anhelo requiere. Se han sacrificado los numerosos intereses de Egipto con Francia a causa de Argelia. Se ha expuesto, incluso, a la agresión armada por parte de Francia, Inglaterra y los sionistas, pero los sacrificios materiales se han compensado moralmente. Se ha aceptado el sacrificio como precio de la defensa de los derechos del pueblo argelino y ahora que los argelinos han conseguido su independencia, Egipto puede mirar orgulloso el pasado. Las patrias no se levantan sin sacrificios y la construcción de la patria común de los árabes exigirá muchos.

c) *Con las grandes potencias.*—Hay algunos hechos sin el conocimiento de los cuales es difícil comprender la política de Egipto con los Estados Unidos, Inglaterra y sus aliados occidentales, de un lado, y con el bloque comunista de otro.

Hemos visto que Inglaterra llegó a crear importantes intereses desde el pasado siglo y que había modelado las condiciones políticas en algunos paí-

ses del Cercano Oriente. Antes era la ruta de la India el más importante punto de mira de Inglaterra, ahora lo es el petróleo. Con el desmembramiento del imperio asiático y africano de Inglaterra y con la independencia de Egipto, el punto neurálgico de los intereses británicos se movió hacia el Este, hacia los campos de petróleo del Irak, de la Arabia Saudita, Persia y los Emiratos del Golfo Pérsico y como consecuencia hacia los países por donde pasan los oleoductos, sobre todo Jordania. Naturalmente, Inglaterra prefiere seguir tratando, en lo referente a los acuerdos de explotación del oro negro, con casas reales de ella dependientes, ya que cualquier cambio político repercutiría necesariamente sobre estos acuerdos. Por eso se opone Inglaterra a toda idea de reforma. Su oposición no es abierta, sino clandestina; presta su apoyo a los dirigentes de estos países y sopla sobre cualquier mecha de desacuerdo entre los árabes para hacerla mayor.

Pero, a pesar de todo, se puede decir que Inglaterra ha salido ya de la escena política del Cercano Oriente. Después de la nacionalización del Canal de Suez y de las medidas de represalias tomadas por Egipto y Siria después de la agresión tripartita de 1956, ya no tiene Inglaterra verdaderos intereses en Egipto, pero sí en los países cercanos, como hemos visto. Las relaciones diplomáticas con Inglaterra se reanudaron en 1960, ya que se trataba de salvar las apariencias, pero hasta que no acabe la batalla de la Reforma en el mundo árabe, no puede decirse que reine una verdadera amistad.

Con los Estados Unidos las relaciones son muy diferentes. A nuestra manera de ver, esta gran potencia ha sido siempre víctima de engaños en lo que toca a la política con el mundo árabe. Ha sido víctima de sus aliados ingleses y franceses. Ha respaldado, consciente o no, sus políticas de colonización y explotación, atrayéndose el odio de tantos pueblos afro-asiáticos, sacando de ello muy escaso provecho. Ha sido víctima de la propaganda sionista que le hizo crear un Estado sionista en Palestina para los judíos. El sionismo internacional logró hacer olvidar, a una nación tan grande, que no se puede hacer justicia a un pueblo cuando es a costa de otro. Los Estados Unidos, que tienen en su historia una tradición de moralidad política indudable, han ayudado en la mitad del siglo XX a un pueblo a despojar a otro de su tierra. Naturalmente, existía en el fondo la ilusión engañadora de que tal Estado podría servir como cabeza de puente americano en la zona.

Pero este Estado, apenas instalado, se colocó en el camino que sirve solamente a los intereses del sionismo internacional, olvidándose a menudo de los intereses americanos. Sabemos cómo fué urdido este Estado por In-

Inglaterra y Francia. Lo que resultó claramente de la actitud de los Estados Unidos para con el Estado israelí, fué la pérdida de toda simpatía de los pueblos árabes. Antes de la fundación de este Estado, América gozaba de gran prestigio y de profundo respeto entre todos los árabes. Si hubiera permanecido fiel a la línea de conducta seguida para con los árabes hasta la primera guerra mundial, hubiera podido conservar su prestigio en la zona y hubiera ayudado a los árabes y a sí misma. Ha sacrificado mucho por casi nada. Todo lo que ha gastado—y sigue gastando—para el Estado israelí, no ha servido—ni servirá—para nada. Incluso el sionismo ha perdido mucho con la creación de su Estado: antes de 1945, había en los países árabes alrededor de unos tres millones y pico de judíos. Ahora no quedan más que unos miles. El Estado israelí tiene un millón y pico de judíos, es decir, que la población judía del cercano Oriente ha perdido el 60 por 100 de su número. Antes, los tres millones y pico de judíos eran ciudadanos de los distintos países árabes donde vivían y gozaban de toda libertad. En cambio, el millón y pico que vive en este Estado está como en asedio con pocas o ninguna perspectiva de conseguir más de lo que ha logrado.

Los Estados Unidos no ignoran por completo esta situación. Intentaron muchas veces recuperar su prestigio en la zona. Inventaron la quimera del «vacío», es decir, de establecer un vacío político en la zona que necesitan rellenar. Con Inglaterra y Francia hicieron una declaración Tripartita en 1950 que tiende a mantener el *statu quo* en el Cercano Oriente. Comprobaron luego que no existía tal vacío, puesto que el movimiento de la unificación de los árabes es una verdadera fuerza capaz de defender al mundo de los árabes y sus intereses. Después de la agresión contra Egipto en 1956, proclamaron la Doctrina de Eisenhower, que nació muerta y no sirvió para nada. Tras la unión de Egipto con Siria en 1958, formaron la unión Hashemí, formada por dos reyes dependientes de América y sus aliados. Intentaron dar vida al Pacto de Bagdad. Pero todo cayó en el vacío con la revolución irakí de julio de 1959.

Sin embargo, de las tres grandes potencias del bloque occidental es Norteamérica quizá la que mejor comprende el aspecto humano y social de la revolución egipcia, lo que hace posible que se sigan manteniendo relaciones amistosas entre los dos países. Fuera de los esfuerzos de los sionistas por perturbarlas, existe siempre una continua y positiva colaboración. Norteamérica sabe también que la ideología patrocinada por Egipto es el más fuerte obstáculo contra el comunismo, el enemigo número uno para ella.

Las relaciones con Rusia forman un largo capítulo. Después de la revolución de 1952 Rusia acarició el sueño de aplicar la táctica tradicional de ofrecer apoyo como preludeo para obtener concesiones y facilidades para la propaganda, la infiltración política e ideológica. Todo el mundo, salvo Egipto, temía las relaciones que se habían establecido con la U. R. S. S. La propaganda sionista decía ya que Egipto estaba en las garras del comunismo, especialmente después de la famosa compra de armamentos checa, en marzo de 1955. Todo el Occidente lamentó la pérdida completa del país.

Pero, en verdad, no hay un terreno más difícil para la implantación de una ideología extranjera—comunista o no—que Egipto, por la sencilla razón de que allí se ha desarrollado una ideología propia que arranca de la naturaleza árabe y de sus condiciones locales. Entre 1950 y 1955 ningún país árabe pudo conseguir ni un solo fusil de los tres Estados, mientras que Israel recibía tantos como quería. Durante este período, las agresiones fronterizas contra los países árabes no sólo fueron de alarma, sino también humillantes. La única solución era la de adquirir armas donde las hubiese.

De los acontecimientos mundiales de la post-guerra ninguno tuvo tanta importancia en la historia mundial como este fracaso. Para todas las naciones afro-asiáticas, Port Said, la ciudad egipcia que sufrió los horrores de la agresión, se convirtió en el símbolo de lo que son capaces las pequeñas naciones si saben unirse contra la fuerza. Es el final de la agresión como medio de relación entre Occidente y Oriente. Recordamos que la mayoría de los países africanos hoy independientes lograron su emancipación con una facilidad asombrosa, gracias al fracaso de la batalla de Suez. En vez de acabar con Egipto, la agresión engrandeció aún más la figura de Nasser. Después de Port Said llegó a ser el símbolo de la liberación, el héroe de los árabes contra sus enemigos.

d) *Con los países africanos.*—Con los países de Asia y Africa sigue la política egipcia una línea clara: oponerse a cualquier intento de colonialismo o neocolonialismo y respaldar todo movimiento de liberación. Como país africano, Egipto siente la obligación nacional de colaborar con los países africanos recién creados. La más tangible manifestación de esta política es la colaboración con el bloque afroasiático en la O. N. U. Este bloque es, ante todo, un bloque anticolonialista. Otra manifestación es la creación del Pacto de Casablanca, que reúne a Egipto, Marruecos, Guinea, Ghana, Argelia y Mali. Un pacto de solidaridad mutua entre seis países que profesan un mismo principio: nadie puede ayudar a los africanos si ellos mismos no se

ayudan. Todo plan o proyecto que no esté concebido por los africanos tiende lógicamente a servir al no-africanismo que lo patrocina. La política no reconoce la filantropía o la beneficencia. Si el centro del grupo de Brazzaville es París, tiene que servir antes los intereses de París. El africano ha servido bastante a los demás. Es hora de que se sirva a sí mismo.

e) *Con el resto del mundo.*—Con el resto del mundo, la política exterior de Egipto sigue la línea impuesta por el interés común. Nada más claro que las relaciones hispano-egipcias: España, para nosotros, es un país que merece el respeto de todo el mundo por el milagro económico y social que ha sabido realizar. Ha llevado su batalla a término dentro de un ambiente hostil. Fué objeto de la calumnia y de la envidia, pero siguió su camino en un silencio admirable. Y llegó a la meta, consiguiendo el renacimiento de su pueblo y conquistando el respeto universal. Ha sido un país que se impuso una meta y ha sabido alcanzarla imponiéndose toda clase de sacrificios sin quejarse.

Después del año 1948 uno de los pocos embajadores que permanecieron en Madrid fué el de Egipto y este es un hecho que reconocemos con orgullo: fuimos de los pocos países que no abandonamos al amigo en la adversidad. No es un simple hecho, sino todo un símbolo de lo que significa la honradez en los tratos entre los pueblos.

DR. HUSSAIN MONES.